

CENTRO DE DOCUMENTACIÓN CIDAP

Fuente: Diario El Universo

Fecha: martes 9 de febrero de 2016

Página: 11 Gran Guayaquil

Año: 95

Edición: 34.467

Descriptor: ARTESANÍAS EN MOCORA, HAMACAS TEJIDAS, TEJIDO EN FIBRAS VEGETALES

Gloria Cruz integra el último clan de tejedoras de hamacas



Isidro Ayora, Guayas. Con 48 años, Gloria Cruz mantiene latente el oficio de tejer hamacas en este cantón.

Las manos de Gloria Cruz Holguín tejen sueños de mocora. Ella, a sus 48 años, es una de las siete tejedoras activas del cantón Isidro Ayora.

Esa población, ubicada a 56 kilómetros de Guayaquil, tradicional cuna de las más hábiles tejedoras de hamacas de mocora, está perdiendo su tradicional identidad artesanal. Porque sus mejores tejedoras han ido falleciendo, otras han abandonado el oficio por su avanzada edad o por motivo de enfermedad y porque las nuevas generaciones no desean aprender el oficio de sus mayores.

La mañana que visité Isidro Ayora, por ejemplo, doña Pepita Ubilla, a quien entrevisté cuatro años atrás y era la más renombrada tejedora del sector, a sus 75 años ya no teje porque está enferma. Su hija, Silvia Martínez, heredera de su arte, se casó y dejó de hacerlo en Manabí donde reside.

En el barrio Luz y Progreso –atrás de la guardería infantil–, Gloria Cruz, mientras teje una hamaca de tres varas, cuenta que su abuela, Prudencia Rodríguez, y su mamá, Rosario Holguín, eran tejedoras de hamacas. Pero ella aprendió el oficio a sus 15 años, cuando su suegra, Esmeraldas García, le enseñó sus saberes.

Sin dejar de laborar, detalla cómo es su proceso de trabajo. Su materia prima, la mocora proviene de Paján, Manabí. Un tongo de 10 libras de esa paja seca cuesta en Isidro Ayora \$ 17.

Esa paja se la descabeza y alisa en tiras que son humedecidas en agua, después la tuercen hasta darle la forma de un hilo fino y extenso que es colocado en una agujeta de madera que es untada con manteca de vaca para que ruede con más facilidad cuando las mujeres tejan por horas durante varios días.

Las tejedoras trabajan paradas junto a un bastidor. Después, cuando ya está tejido el cuerpo de la hamaca, le colocan las sogas –que antes eran de cabuya y ahora de nailon– para ser colgadas.

Las tejedoras confeccionan hamacas blancas –poseen el aspecto original de la paja mocora– y las más vistosas que están adornadas con franjas de colores –verdes y rojas– que provienen de la anilina que es fijada a la paja con sal y limón.

Hay hamacas de tres tamaños: las pequeñas para niños –de una vara y media–, las medianas de dos varas y media, y las más grandes, de tres varas.

Gloria Cruz confecciona las hamacas más grandes y preferentemente sin franjas de colores. Comenta que antes las agujetas eran de cabo de hacha, una madera que ya casi no existe. El sebo proviene de vacas gordas, ella se lo encarga al carnicero. “Sin la grasa no rueda la aguja de madera entre los tejidos”, asegura.

¿Qué tiempo emplea haciendo una hamaca?, indago. “Me demoro tres semanas. Una hilando la paja y dos tejiendo la hamaca”. Refiere que antes confeccionaba hamacas con colores. “Sí sé teñir con anilina líneas verdes y rojas, pero ahora las hago blancas nomás”.

¿En su familia quiénes más tejen?, pregunto. Tengo cinco hijos. Nunca les gustó. No aprendieron –manifiesta con cierta tristeza–. Yo les quise enseñar y fácilmente dijeron: No me gusta.

Cuenta que después de tejer parada durante largas horas, le duelen los brazos y los pies. Ese es el mal del oficio.

A mi pregunta ¿Isidro Ayora es un pueblo de tejedoras? Gloria Cruz responde: Antes sí, –calla y agrega: al hombre no le gustó aprender a tejer.

Lo cierto es que Isidro Ayora se está quedando sin sus legendarias tejedoras de hamacas.

¿Quién de nosotros no ha sido feliz meciéndose en una hamaca?, me preguntaba viajando de regreso.

130

Dólares

cuesta cada hamaca que la artesana vende a los propietarios de los puestos que funcionan en el cantón.